

LIBROS

Fernando Vallespín

LA SOCIEDAD DE LA INTOLERANCIA

POLÍTICA Y VERDAD EN EL 'LEVIATÁN'
DE THOMAS HOBBS

Alfredo Alvar Ezquerro

ESPEJOS DE PRÍNCIPES Y AVISOS
A PRINCESAS. (LA EDUCACIÓN
PALACIEGA DE LA CASA DE AUSTRIA)

Richard J. Evans

ERIC HOBSBAWM.
UNA VIDA EN LA HISTORIA

Octavio Paz

ODI ET AMO: LAS
CARTAS A HELENA

Siri Hustvedt

LOS ESPEJISMOS DE
LA CERTEZA. REFLEXIONES
SOBRE LA RELACIÓN
ENTRE EL CUERPO
Y LA MENTE

Wallace Stevens

NOTAS PARA UNA
FICCIÓN SUPREMA

ENSAYO

La democracia ante la guerra de las opiniones

por **Manuel Arias Maldonado**



Fernando Vallespín
LA SOCIEDAD DE LA
INTOLERANCIA
Barcelona, Galaxia
Gutenberg, 2021,
176 pp.



Fernando Vallespín
POLÍTICA Y VERDAD
EN EL 'LEVIATÁN' DE
THOMAS HOBBS
Madrid, Tecnos, 2021,
224 pp.

Es una excelente noticia que uno de nuestros más importantes teóricos políticos —el catedrático de ciencia política de la Universidad Autónoma de Madrid Fernando Vallespín— se haya animado a publicar dos libros de una tacada. Si en el pasado hemos podido lamentar

que su talento no se manifestase más pródigamente en forma de monografías, siempre más vistosas que los proverbiales *papers* académicos, los últimos años han supuesto un bienvenido cambio de tercio en su relación con el ISBN. Tras publicar su trabajo sobre el neo-contractualismo en 1985 y ejercer como editor de la magna *Historia de la Teoría Política* que publicase Alianza por vez primera en 1990, hubo que esperar una década hasta la aparición de aquel excelente trabajo sobre Estado y globalización que es *El futuro de la política* (Taurus, 2000). Desde entonces, no ha parado: a su preclara advertencia sobre los peligros de las redes sociales (*La mentira os hará libres*, Galaxia Gutenberg, 2012) siguió un estudio sobre los populismos firmado junto a Máriam Martínez-Bascuñán (*Populismos*, Alianza, 2017) y, ahora, los dos títulos que aquí nos ocupan. Si el profesor Vallespín tenía una deuda con sus lectores, hay que considerarla saldada.

Estamos ante trabajos de distinta naturaleza, que no obstante se comunican sutilmente entre sí. De un lado, *La sociedad de la intolerancia* adopta de manera vocacional el registro del ensayo destinado al ciudadano antes que al especialista, siendo su propósito

suministrar al lector interesado claves que le permitan orientarse en la realidad sociopolítica que es común a todos. Su tema es la degradación del debate público en una democracia donde la comunicación se encuentra mediada por las redes digitales, antaño esperanza de utopistas dialógicos y hoy causa de distintas patologías cuyo diagnóstico solo puede dejarse en manos de realistas. Por su parte, *Política y verdad en el Leviatán de Thomas Hobbes* es la monografía especializada de un académico que testimonia una vieja pasión intelectual: la obra mayor de uno de los mayores filósofos políticos de la tradición occidental. No quiere con ello decirse que Vallespín se abandone aquí a los barroquismos de la erudición, abusando de referencias bibliográficas y sesudos pies de página. *God forbid!* En la introducción al texto, que es una versión corregida de su discurso de entrada en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, él mismo señala que la literatura secundaria sobre Hobbes ha alcanzado en nuestros días una dimensión tan monstruosa que puede acabar alejándonos de la lectura de sus textos originales. Más aún, su intención no es tanto hacer historia de las ideas como *traer* a Hobbes a nuestros

días para que nos ayude a interpretar mejor el presente. Leemos:

el aspecto de la política contemporánea al que queremos acercar a Hobbes es una de las características más acentuadas de nuestros sistemas democráticos actuales, la permanente “guerra de representaciones” en que se ha convertido nuestro espacio público, el desprecio por el conocimiento experto y la verdad, la liberalidad con la que las meras opiniones se erigen en máximas verdaderas, el predominio de lo que el propio Hobbes llamara el “lenguaje de las pasiones”, que ahora reciben el más atenuante nombre de “emociones” o “afectos”.

¡Actualidad de Hobbes! El análisis se centra así en la “guerra de opiniones” que el pensador inglés identificaba como principal fuente de conflicto político en un contexto histórico que empezaba a parecerse al nuestro: se iniciaba el derrumbamiento de las cosmovisiones premodernas e iba surgiendo un pluralismo ideológico que las modernas democracias liberales se esfuerzan —no siempre con éxito— por encauzar pacíficamente. Sabido es que el problema no haría más que agudizarse tras la sacudida que supone la Revolución francesa y, andando el tiempo, no estará claro siquiera lo que significan las palabras: nuestro Jovellanos se queja a principios del siglo XVIII de lo difícil que resulta “explicarse con exactitud en materias de política, por la imperfección de su nomenclatura”. No estar de acuerdo sobre lo que queremos decir con las palabras dificulta que nos pongamos de acuerdo en un sentido más amplio.

Así que por una parte tenemos la guerra de opiniones como factor de división de la comunidad política en la Inglaterra del XVII y, por otra, el estallido de un pluralismo caótico en la esfera pública digital y su correlato en forma de polarización tribal. Es una feliz decisión por parte del autor la de rescatar el concepto de tolerancia —y su antónimo, la intolerancia— para explicar lo que está sucediendo con nuestra conversación pública. Al fin y al cabo, la tolerancia

se refiere al modo en que *reaccionamos* ante el interlocutor con el que discrepamos: nuestro desacuerdo es cada vez menos respetuoso y eso estaría erosionando una “cultura política liberal” que se asienta sobre el reconocimiento del valor del pluralismo. Vallespín desarrolla su tesis echando mano de los autores contemporáneos que mejor han diagnosticado este fenómeno (Appiah, Klein, Mason, Haidt) sin por ello olvidarse de los clásicos (Hirschmann, Arendt, el propio Hobbes) o de su propia experiencia personal como docente, maliciándose que quizá padecemos una cierta fatiga civilizatoria y preguntándose si no estamos ante el advenimiento del “posliberalismo”. No facilita las cosas el hecho de que no tengamos soluciones, por mucho que las busquemos.

Hobbes, como nos explica el autor, tenía una. Su gran preocupación fue siempre evitar la fractura de la comunidad política; no en vano, había nacido durante una guerra civil y escribió aquello de que “mi madre dio a luz a gemelos: el miedo y yo”. Por eso, su pacto social no produce una república democrática, sino algo más parecido a un autoritarismo. Leyendo a Vallespín aprendemos que Hobbes veía la pluralidad religiosa e ideológica como el resultado de la manipulación de las opiniones efectuada por los seductores agentes de la discordia; la única manera de contrarrestar tal desestabilización consiste en recurrir a un saber “seguro” respaldado por la autoridad política. O sea: acabar con el pluralismo mediante la imposición de una verdad irrefutable a la que se accede mediante el método filosófico-científico. Pisando firme gracias a su erudición, Vallespín desarrolla este argumento cuidadosamente: nos habla de la génesis y evolución de la obra de Hobbes, de las relaciones entre ciencia y política, del papel de la retórica y de la legitimación religiosa suplementaria que el filósofo inglés busca para sus argumentos. Su conclusión resuena con fuerza inesperada en el presente: si Hobbes lamenta entonces la dificultad para alcanzar un conocimiento cierto sobre los fundamentos de la organización política, hoy nos encontramos

con que la unanimidad con la que en el pasado celebrábamos el liberalismo democrático vuelve a resquebrajarse.

Ni que decir tiene que carecemos de ese “Gran Definidor” de las palabras que para Hobbes había de ser el soberano, aunque muchos desearían imponer a los demás sus propios significados para así acabar por las bravas con la cacofonía que define la conversación pública de nuestro tiempo: tal es la oferta del “hombre fuerte” del populismo. Irónicamente, son las virtudes de la democracia liberal las que —al erosionarse la cultura de la tolerancia que le es indispensable— se convierten en vicios. Se pone con ello en entredicho la “identidad político-moral” que se define por su adhesión a esa rica tradición que incluye los derechos humanos, el respeto de la autonomía personal y el sistema democrático. Los lectores del profesor Vallespín tienen ahora la oportunidad de conocer mejor un problema que lleva con nosotros más tiempo de lo que parece: la convivencia pacífica de los seres humanos, tan apegados a sus pasiones como inclinados al disenso, nunca ha sido fácil. Y si la dificultad está en arreglarla, estos dos estimulantes trabajos deberían ayudarnos a dar con la tecla. —

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. Su libro más reciente es *Abecedario democrático* (Turner, 2021).

ENSAYO

Lecciones de la Casa de Austria

por **Almudena Vidorreta**



Alfredo Alvar Ezquerro
ESPEJOS DE PRÍNCIPES
Y AVISOS A PRINCESAS.
(LA EDUCACIÓN
PALACIEGA DE LA CASA
DE AUSTRIA)
Madrid, Fundación Banco
Santander, 2021, 253 pp.

Muchas innovaciones pedagógicas actuales suponen un retorno a prácticas antiguas y costumbres de testado

éxito. La necesaria revisión de la historia como maestra de la vida y del presente, tópico ciceroniano, despliega su validez en los muchos y variados campos del saber, desde la historiografía misma hasta las disciplinas didácticas. De ese abrazo inquebrantable del estudio en el que se funden los tiempos es paradigma la pluma de Alfredo Alvar Ezquerro, quien firma este panorama de casi tres siglos sobre la educación de los Austrias. El diálogo entre la actualidad y el pasado queda patente en *Especiosos de príncipes y avisos de princesas*, último libro del investigador del CSIC, mediante el acceso a espléndidos podcasts por códigos QR. Esta tecnología devuelve en la práctica a la voz su poder instructivo y a la buena retórica su pervivencia a través del oído, además de poner la conversación, como hicieran los antiguos, en la cumbre de todo aprendizaje.

Con un atractivo diseño gráfico, ilustraciones y sumarios que recuerdan a las mejores revistas culturales, no se pierde un ápice del rigor que caracteriza al estudioso. Así se ponen la historia y sus anécdotas al alcance de especialistas, pero también de lectores menos duchos con curiosidad por la educación y el buen gobierno, asuntos que nunca pasan de moda. Prueba de ello es la vigencia de los consejos que los antiguos, desde Jenofonte hasta Plutarco, pasando por Quintiliano, nos legaron para la formación de los políticos que habían de gobernar por supuesto designio divino. No en vano, el redescubrimiento de las *Institutiones oratoriae* de este último revolucionó la materia educativa, según el profesor granadino, desde 1416 hasta el XIX, y aún hoy.

Este libro sobre *La educación palaciega de la Casa de Austria* inaugura una nueva serie, la Colección Historia Fundamental, creada por la Fundación Banco Santander con el propósito de ilustrar fenómenos y personajes destacados en España y Latinoamérica durante los siglos XVI a XVII. Con afán divulgador, el volumen representa un atinado comienzo a cargo de este especialista en la materia, autor de libros

como *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI* (2014). Aquel no solamente reconstruía la vida de un intelectual casi olvidado del periodo áureo, sino que evocaba interminables conversaciones con su época posterior, sobrepasando los límites del género biográfico. Podría decirse que es marca de la casa, como demuestran otros trabajos suyos acerca de la vida de Isabel la Católica (2002), Cervantes (2004), Carlos V (2016) o el duque de Lerma (2010). También con este tratado sobre *Especiosos y avisos* va más allá de los manuales de enseñanza en el espacio cortesano y el género de los *specula*, que alcanza gran vitalidad en la Edad Media tras el ejemplo de Tomás de Aquino y su *De regimine principum*, para caer en desuso a lo largo del XVI. Entonces serán preferidos los nuevos rumbos erasmistas, así como los dictados del humanismo de Baltasar de Céspedes, Fray Antonio de Guevara o Luis Vives, entre otros protagonistas analizados por el autor.

Ahora que está de moda desempolvar con fines dudosos el pasado imperial, Alvar Ezquerro recuerda la importancia del respeto intelectual y el trabajo de archivo con esta mirada transversal a la educación de la Casa de Austria. Dando por sentado que su modelo educativo se basa en tiempos de los Reyes Católicos, Alvar convierte al lector en cómplice de sus pesquisas, mostrando con acierto “cambios y continuidades” propios de un “mundo en ebullición”, de los que da cuenta desde el capítulo primero.

Una de las mayores contribuciones de la obra es el significativo lugar de las mujeres. Entre otras prominentes tareas, las reinas podían ser las responsables de escoger al maestro de sus hijos, así como al resto de estudiantes con los que pudieran interactuar tan ilustres pupilos. Fascinante es el caso de Isabel de Trastámara, a cuya pasión por la escritura y el latín se dedica parte del capítulo segundo. A todos sus vástagos, tanto a don Juan como a sus hermanas, les brindó por igual la instrucción en las armas y las letras, destrezas que

habían de mostrar los príncipes del Renacimiento. Posteriormente, Carlos V mostraría su expreso deseo de imitar la educación de los herederos que practicara la reina Isabel de Castilla, preocupada por la compra de libros y otros menesteres, como mecenas, lectora y escritora, no siempre tenidos en cuenta por la crítica, o, al menos, no considerados con la seriedad que merecen. Como sentenciara más tarde Santa Teresa y recuerda el profesor Alvar: “no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa”.

A “La educación del archiduque Carlos” y sus veleidades caballerescas se brinda el capítulo tercero, que anuncia la etiqueta y rigidez de la rama española de los Austria. Posteriormente, se prueba la preocupación de Carlos V y la emperatriz Isabel por la formación de Felipe II, su hermana María y su primo Manuel Filiberto de Saboya, para cuyas lecciones se inició una escuela en palacio. En el capítulo quinto se incide en cómo Felipe II hizo lo propio con sus hijos, se volcó en la elección de sus preceptores y concedió un protagonismo notable al marqués de Velada, cuya biblioteca y escritos son un filón informativo.

Además de seguir los pasos de los sucesivos monarcas, el autor asocia sus etapas formativas con la aparición de ortografías y gramáticas determinantes en la historia cultural de aquel entonces y en la formación de los Felipes. Al tercero de ellos se dedica el capítulo sexto, muestra del cambio de paradigma que supone la difusión del tacitismo en España de la mano de Justo Lipsio y otros detractores del providencialismo. A las calamidades de Felipe IV y su desdichada descendencia les brinda Alvar las páginas del séptimo apartado, donde se trata de Olivares y la temprana muerte de Baltasar Carlos, además del afán sin precedentes por parte del rey de leer y escuchar a consejeros. Así, sor María de Ágreda, cuyas cartas revelan valiosos detalles sobre la formación del malogrado príncipe y las intimidaciones de su padre. Con cierta dosis de ironía perfila el profesor Alvar la educación de Carlos II, que no solamente

encarna la decadencia de un linaje y de todo un imperio, sino, además, “el final de un ciclo cultural”, como reza el último capítulo.

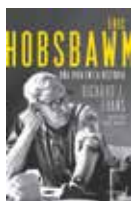
Con su encomiable repaso diacrónico del género de los espejos de príncipes, trufado de ejemplos, Alfredo Alvar demuestra que en la veta de esa misma tradición se escribieron numerosos tratados en los que podían verse reflejados príncipes e infantas para su proceso de formación. Nos ofrece *libros* y *erudición*, como tituló otro de sus trabajos sobre la época en torno a Cervantes (2016), junto a una guía de personajes y un desplegable para deleite de los amantes de manuscritos y transcripciones. Con la primera edición de un esquema de trabajo de Fadrique Furió para la escritura de *Concejo y consejeros de príncipes* (Amberes, 1559), este volumen se confirma como un artefacto especular en sí mismo, que trata de la organización de datos y saberes en la Temprana Modernidad, y los hace, asimismo, comprensibles y agradables para la nuestra. —

ALMUDENA VIDORRETA es doctora en filología hispánica por la Universidad de Zaragoza y en literatura latinoamericana por la Universidad de la Ciudad de Nueva York, profesora y autora de libros de poesía como *Nueva York sin querer* (La Bella Varsovia, 2017) y estudios como “Teatro, poder e imprenta en la Cerdeña española” (*Anejos de Dieciocho*, 2021).

BIOGRAFÍA

El historiador militante

por **Rafael Rojas**



Richard J. Evans
ERIC HOBSBAWM.
UNA VIDA EN LA
HISTORIA
Traducción de Ariel
Magnus
Buenos Aires, Crítica,
2021, 880 pp.

Hasta el siglo xx, la imagen de los historiadores remitía a una vida entre viejos papeles y gabinetes atestados

de libros. Historiadores de archivo y universidades fueron Jules Michelet y Jacob Burckhardt. A lo sumo la figura del historiador viajero, tipo Alexander von Humboldt o Alexis de Tocqueville, o la del político profesional, al modo de Thomas Macaulay o François Guizot, que escribía sacando tiempo al ministerio o la tribuna, matizan la predominante visión del historiador letrado.

El siglo xx verá nacer, frente a esos arquetipos, al historiador militante. Una versión del oficio que se cumplió en algunos de los grandes maestros de la historiografía de la pasada centuria como Marc Bloch, fundador de los *Annales*, que se sumó a la resistencia antifascista en Francia y fue torturado y fusilado por la Gestapo en 1944, o como Bronisław Geremek, el brillante medievalista polaco, alumno de Jacques Le Goff y Georges Duby en París, que se convertiría en uno de los principales líderes del sindicato Solidaridad en los años ochenta.

A la misma estirpe pertenece el prolífico y versátil historiador británico Eric Hobsbawm. Descendiente de judíos polacos y austriacos, de apellido original Obstbaum, este pensador ineludible nació en Alejandría, Egipto, donde su padre era funcionario del servicio postal y telegráfico, operado por los británicos. El futuro historiador vendría al mundo en 1917, año de las revoluciones de febrero y octubre en Rusia, hechos decisivos en su vida privada y pública, su trayectoria política y su vocación académica.

La muy detallada biografía de Richard J. Evans, historiador británico que ha dedicado varios libros al estudio del Tercer Reich, persigue al niño Hobsbawm, huérfano de padre y madre a temprana edad, por sus diversas ciudades de residencia: Alejandría, Viena, Berlín, Londres. Aquella peregrinación por la Europa de entreguerras sería crucial para un académico que se propuso contar la historia del mundo moderno desde la perspectiva marxista.

A pocos meses de la llegada de Adolf Hitler a la cancillería de Alemania,



LETRAS
LIBRES
@letraslibres
en Instagram



Hobsbawm se estableció con sus tíos Sidney y Gretl en Londres. Poco antes de su partida de Berlín, recuerda Evans, asistió a una de las últimas manifestaciones del Partido Comunista alemán, enfrente del Reichstag, encabezada por Ernst Thälmann. Su formación básica en St. Marylebone Grammar estuvo poderosamente en deuda con la literatura británica y europea. El joven Eric leyó con pasión a Kipling y a Eliot, a Chaucer y a Coleridge, pero también a Maupassant, Proust y Mann. La literatura dotó al futuro historiador de una prosa narrativa, mientras el marxismo, que leyó en todas sus variantes desde muy joven, aportó sentido analítico e interpretativo a sus escritos.

A los diecisiete años, ya Hobsbawm, que dominaba fluidamente el alemán, el inglés y el francés, había leído *El capital*, *El 18 brumario* y *La lucha de clases en Francia* de Marx, el *Anti-Dühring* y *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels, *Materialismo y empiriocriticismo* y *El imperialismo, fase superior del capitalismo* de Lenin. Su aproximación al socialismo era, desde entonces, muy flexible, ya que así como tenía una percepción crítica del *Curso breve* de Stalin, seguía de cerca los escritos de George Bernard Shaw y los artículos de Walter Duranty sobre la Unión Soviética en *The New York Times*.

Afiliado inicialmente al Partido Laborista, el joven intelectual viajó a París, en el verano de 1936, donde observó tanto el avance del fascismo en Europa como la proliferación de tendencias “comunistas, socialistas e izquierdistas”, sin excluir el trotskismo. Evans da mucha importancia a aquel viaje a París, donde Hobsbawm entró en contacto, además, con las vanguardias artísticas (dadaístas, surrealistas, cubistas; Breton, Éluard, Ernst, Picasso...) y avivó su pasión por el jazz. Al momento de su ingreso en el King's College, en Cambridge, en 1936, que coincidirá con el estallido de la Guerra Civil en España y los gobiernos conservadores de Baldwin y Chamberlain en Gran Bretaña, el joven Hobsbawm era ya un marxista y un comunista heterodoxo.

Observa Evans que no era contradictoria aquella orientación filosófica y política con la pertenencia al Partido Laborista. De hecho, esa afiliación se veía autorizada por la máxima dirigencia soviética que, en el séptimo congreso de la Internacional Comunista, en el verano de 1935, había llamado a crear “frentes únicos” antifascistas. Durante sus años en Cambridge, Hobsbawm comenzará a acercarse más abiertamente al comunismo y en los años cuarenta integrará, junto a E. P. Thompson y Christopher Hill, el Communist Party Historians' Group. Según Evans, Hobsbawm llegó a defender el pacto Molotov-Ribbentrop en 1939 porque, a su juicio, propiciaría el “aislamiento de Hitler”, cosa que no sucedió.

En 1940, el joven historiador fue reclutado por el ejército británico y destinado a varias sedes de la Army School of Education en Yorkshire, Bulford, Salisbury y otras ciudades. Su activismo en publicaciones y círculos intelectuales del ejército le valieron la vigilancia del MI5, que Evans documenta en detalle. Su visión de las tropas soviéticas, que privilegiaba sobre el papel de los aliados, fue siempre triunfalista. Tras la derrota de las potencias del eje, el sargento Hobsbawm, cada vez más involucrado en el comunismo militante, estaba listo para acompañar, por el flanco izquierdo, al gobierno del primer ministro laborista Clement Attlee.

Evans destaca el hecho revelador de que justo en el periodo del arranque de la Guerra Fría en Gran Bretaña, cuando mejores condiciones había para un paso a la militancia comunista, Hobsbawm decidiera convertirse en un historiador profesional. Contratado en Birkbeck College a fines de los cuarenta, inició su larga producción historiográfica con *Labour's turning point* (1948), a la que siguieron *The rise of the wage worker* (1953) —obra nunca publicada— y múltiples artículos en *Economic History Review* y *Past and Present*. A partir de entonces quedó claro que la militancia a la que aspiraba Hobsbawm es la que se ejerce desde la historia profesional.

Aunque no abandonó el Partido Comunista tras la invasión soviética de Hungría, en 1956, como haría su colega E. P. Thompson, Hobsbawm advirtió del proceso de burocratización de los socialismos reales en la URSS y Europa del Este que siguió a la desestalinización. Sus notas sobre jazz para *New Statesman*, con el pseudónimo de Francis Newton, recogidas en el volumen *The jazz scene* (1959), y su brillante estudio *Rebeldes primitivos* (1959), transmiten a cabalidad una ubicación teórica, historiográfica y política muy lejana al dogmatismo marxista-leninista soviético.

Con la aparición de *La era de la revolución* (1962), el primero de un ciclo historiográfico de enorme valor interpretativo y didáctico, que abarcó la conformación del mundo moderno entre los siglos XVIII y XX y que culminó con *Historia del siglo XX* (1994), Hobsbawm se afincó definitivamente en el campo académico. Pero su gran proyecto de historia moderna no le impidió mantener el interés en aspectos puntuales de la sociedad capitalista como el mundo del trabajo y los trabajadores, las revueltas campesinas y la Revolución industrial, los bandidos y los revolucionarios, las naciones y los nacionalismos, la invención de las tradiciones y los debates teóricos del marxismo.

En su tramo final, la biografía de Evans pierde impulso y aunque se mencionan los viajes de Hobsbawm a América Latina y su participación en el Congreso Cultural de La Habana de 1968, su papel en los debates de la Nueva Izquierda queda desdibujado. Sus artículos y polémicas en publicaciones como *Monthly Review* y *New Left Review*, tan importantes para crear una alternativa de izquierda al liberalismo y el marxismo ortodoxos, son glosados superficialmente. Mucho mejor captada está la reacción suspicaz de Hobsbawm al triunfalismo occidental que siguió a la caída del Muro de Berlín y su defensa final del marxismo como una tradición de pensamiento crítico capaz de dar respuestas al siglo XXI. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Turner puso recientemente en circulación *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*.

Historia de una pasión y su testigo

por Malva Flores



Octavio Paz
ODI ET AMO: LAS
CARTAS A HELENA
Edición de Guillermo
Sheridan
Ciudad de México,
Siglo XXI Editores, 2021,
472 pp.

El 9 de noviembre de 1997, en *Proceso* apareció la noticia de que la Universidad de Princeton abriría al público la correspondencia entre Elena Garro y Adolfo Bioy Casares. En ese mismo número, José Alberto Castro publicó una entrevista que tituló “Elena Garro: el regreso sin gloria, sus ocho gatos, la ‘misericordia insoportable’ y el ‘amor imposible’ con Bioy”. En la muy dramática nota podía leerse a una mujer desesperada por dinero pese a que, tanto ella como Helena Paz, no pagaban renta y contaban con el estipendio mensual del entonces CNCA, además de la pensión que les enviaba Octavio Paz, según Garro reconoció. Pero más allá de sus eternas pesadumbres económicas, la entrevista giró también alrededor de la noticia sobre sus papeles en Princeton y sobre el que llamó “el amor loco de mi vida y por el cual casi muero, aunque ahora reconozca que todo fue un mal sueño que duró muchos años”.

En la Casa de Alvarado en Coyoacán, donde Octavio Paz se encontraba ya muy enfermo, Guillermo Sheridan lo entrevistó dos semanas después (*Proceso* 1099) y, a propósito de las declaraciones de Garro, Paz comentó:

Los amoríos de otras personas me tienen sin cuidado. Ojalá que esa correspondencia tenga un valor literario. Mire usted, esa señora fue la plaga de mi vida. ¡Qué lástima que Adolfito no se la llevó! ¡Otro gallo me hubiera cantado! Siempre esperaba que alguien se pudiese enamorar de ella, pero siempre, para mi gran

fastidio, ella reaparecía y recomenzaba la persecución.

Quizás en esa entrevista Paz habló, por última vez públicamente, sobre la mujer a la que empezó a tratar el 11 de abril de 1935 en una tardeada. Bailan ese día y, “en un ensayo anticipatorio de lo que serán los siguientes veinticinco años, la pareja se atrae y se repele por igual”. La cita corresponde a la “Entrada” con la que Sheridan anuncia el inicio de la primera de tres tandas de cartas —cada una con entrada y comentarios del crítico— que componen *Odi et amo: las cartas a Helena*, una preciosa edición a dos tintas (negro, para Paz; azul, para Sheridan) que incluye 84 cartas y varios poemas.

Es este el más rico de cuantos epistolarios del poeta se han publicado. Su valor no solo reside en la importancia misma de la correspondencia o en la anotación, sino en que Sheridan —el intruso-testigo— cumple sobradamente su propósito: “apreciar la forma en que las dificultades del amor trasminan hacia el substrato poético y crítico de Paz”. Así, por ejemplo, leemos al joven locamente enamorado de las primeras misivas (“Ciudad de México, 1935”) cuyo fulgor se extiende hasta *Ratón del hombre* o *Bajo tu clara sombra* pero, sobre todo, son base inexcusable de las “Vigilias”. En las cartas de “Mérida, 1937”, despuntan nuevamente las “Vigilias”, “Henequén” (que se transformará después en el mil veces corregido “Entre la piedra y la flor”) e incluso aparece la idea de “Amar es combatir” de *Piedra de Sol*. Nos asomamos también a su vida de joven marxista en Yucatán y su desprecio por los Contemporáneos, a los preparativos del famoso viaje a España y al paroxismo de los celos, lejos de su Helena. En la tercera parte (“California, 1944-1945”) vemos a Paz en Berkeley y San Francisco, cuidando devotamente a su cuñada Estrella, con enormes dificultades económicas y advirtiendo poco a poco, nos dice el crítico, “que se cumple en su matrimonio la maldición del culto provenzal del amor: tenerla es perderla”. Con las dos Helenas en México se reanudan las cartas y sabemos así de sus contactos con los miembros de *El*

Hijo Pródigo o con Cernuda, los proyectos de ambos para escribir guiones cinematográficos y los poemas que Paz envía a varias revistas y que formarán parte de *Libertad bajo palabra*. Sheridan también encuentra en una carta el germen de *El arco y la lira*.

Estas particularidades se hallan en las notas, que si bien apuntan lo que comúnmente encontramos en este tipo de ediciones, van más allá y en ellas leemos las zozobras del investigador (“No sé quién era ‘Aguilar’, ¿quizás el ‘ingeniero’ que aparece más tarde?”), las referencias a las lecturas e influencias de Paz (Nietzsche, Dostoievski, López Velarde, Scheler, Freud, Engels, Marx y un amplio etcétera), pero sobre todo su poética inicial, que Sheridan reconstruye bajo el nombre de *creencias profundas*, sobre las que ya nos había hablado en *Los idilios salvajes* (2016). Gracias a sus afanes, comprobamos en las misivas varias de estas creencias: “el carácter espiral del amor”; la música o la danza “como vehículo en llamas del deseo”; la idea, en el enamorado, de que “cada día es siempre ‘el primer día’”; que “las palabras son actos” y “la mujer es la forma visible del mundo”, o la convicción de que “el amor suspende al tiempo y anula el espacio”.

En una de las múltiples cartas de reconciliación (abril de 1937), Paz le dice a Garro: “Te amo, Helen, por la misma razón por la que te odio: por tu desnudez, por tu heroica, absurda, terrible desnudez: por tu desnudez moral, que te deja indefensa, entregada a ti. Y también por la desnudez de tu carne, del pelo sobre tus senos, de tu boca en las cartas, tan desgarrada, tan tensa y viviente, como aspirando poderosos vegetales, por todo lo que en este momento toca de nuevo a mi cuerpo y, gradualmente, lo exalta y estremece.”

¿Cómo hablar de la pasión ante la pasión misma? El testigo —porque, además de un intruso, el lector de cartas ajenas es también un testigo *sui generis*— nos narra una historia, nos cuenta sus episodios mayores y nos hace evidentes pequeños pero importantes gestos. Pese a conocer el triste final de esa historia, Sheridan aventura hipótesis sobre

los enamorados, los critica, se pregunta y nos pregunta sobre sus conjeturas y, al hacerlo, nos convierte también en testigos o en cómplices de esa pasión.

Es verdad que “solo una mente confundida cambia la obra de un autor por su biografía”. El apunte nos habla a los lectores, pero también a otros protagonistas de esta historia: “las diaconisas” de Garro y los periodistas ávidos de escándalo. Sheridan sabe bien que “Paz era un joven pigmaliónico, celoso y posesivo e inseguro y arbitrario y un prolongado etcétera”, pero nos previene sobre la obligación de saber leer cartas ajenas: “Me apenaría que una historia compleja atizara el bobo auto sacramental o el alboroto de las revistas de modas, en el que dos personas difíciles se convierten en objeto de las nuevas autoridades con capirote.” Es por eso, entre otras razones, que uno de los aspectos más notables de este libro sea la unión del rigor académico, la charla del testigo e incluso sus apuntes de humor (“Una carta de Helena, la inconstante Helena, le provoca a su novio la que quizá sea la respuesta más iracunda del periodo, escrita en confeso estado de ebriedad grado mariachi”).

De la adoración al inicio peligroso de la rutina y el tedio, las misivas son prueba de una pasión que parecía concluir en “cartas de negocios, pues los negocios son lo único concreto, lo único que no duele y lo único que tiene principio y, gracias a Dios, fin. Lo nuestro no tiene principio ni fin. Es un estado de ánimo, más que una situación. Podemos hablar hasta el día del Juicio y nunca podremos desembrillar la madeja”, le dice Paz a una evasiva Elena.

A la muerte del poeta, Garro afirmó que Paz se le había adelantado: “Él va a esperarme allá arriba. La muerte es para vivir siempre.” Cuatro meses después lo habrá buscado —infructuosamente, quiero creer—, dando así por terminado el acoso al que sometió al poeta en vida, pues una vez terminada su relación —nos dice Sheridan en su “Epílogo”— prefirió dedicarse “a combatir *contra él*; atizar un infierno repetitivo y circular que se hizo legendario por su

intensidad, su duración y su exhibición pública”. —

MALVA FLORES es poeta, ensayista y editora de poesía en *Letras Libres*. En 2021 publicó su libro *Estrella de dos puntas*. Octavio Paz y Carlos Fuentes: crónica de una amistad (Ariel, 2020).

ENSAYO

El cuerpo del yo

por Juan Malpartida



Siri Hustvedt
LOS ESPEJISMOS DE LA
CERTEZA. REFLEXIONES
SOBRE LA RELACIÓN
ENTRE EL CUERPO Y LA
MENTE
Traducción de Aurora
Echevarría
Barcelona, Seix Barral,
2021, 394 pp.

La relación entre el cuerpo y la mente es muy antigua, aunque no siempre se ha formulado del mismo modo. Desde el comienzo de la historia del pensamiento occidental ha habido disyunción y a veces una cierta conjunción que no tardó en desaparecer hasta la modernidad, donde nos encontramos las dos viejas opciones y algunas variantes. Para Heráclito no parece haber conflicto entre cuerpo y alma, y para Sócrates es la sede de las facultades racionales humanas. En Demócrito, como cabría esperar, la *psykhé* está concebida en términos materiales (compuesta de átomos). La narradora y ensayista norteamericana Siri Hustvedt se ha centrado en su investigación sobre todo en la modernidad científica y en la fenomenología, aunque en su obra hace incursiones en algunos filósofos como Descartes, Thomas Hobbes y otros con el fin de dar perspectiva a esta problemática peliaguda que considero que es central a la hora de conocernos (tarea titánica porque sujeto y objeto son, en parte, el mismo) y cuyas posturas expresan en gran medida nuestra visión del mundo. La noción cuerpo/mente a su vez está relacionada con un tema candente de nuestro tiempo: la inteligencia artificial. Trataré de sintetizar sus pesquisas, apuestas y reservas.

Pero si queremos saber si la mente es material, si todo está, como se suele decir y decimos con grosera precipitación, en los genes, o por el contrario la mente tiene una realidad distinta, habrá que recurrir, además de a la filosofía, a las ciencias. Hustvedt nos introduce en una polémica del siglo XX que sigue aún dando que pensar consistente en si en el saber científico hay creencias (Kuhn y Whitehead) o su epistemología se lo impide a través de la noción de falsabilidad (Popper): las leyes o constantes comprobadas son ciertas mientras no se demuestre lo contrario. Nuestra autora recurre a una amplia bibliografía para adentrarse en este tema, vinculado sobre todo a la biología molecular y las teorías cognitivas. Paso a paso nos muestra cómo se ha extendido el error de que los genes pueden codificar directamente estructuras complejas, aunque muchas veces olvida decirnos que no son cada vez menos los investigadores que defienden esta postura, aunque sigue siendo un recurso tozudo en los divulgadores y en el uso periodístico.

El problema de la ciencia de la mente es que, como ella misma dice, “cada cerebro, como cada nariz y cada persona, es distinto”. La ciencia ha de encontrar lo común en lo diverso, y esto, concluyo, supone una inevitable reducción que elimina el factor central: cada cerebro, cada persona, es único. Los partidarios de “todo está en los genes” suponen un locacionismo cerebral para cada actividad mental, y Hustvedt desmonta este supuesto apoyándose en autores solventes que han mostrado la enorme plasticidad del cerebro, algo en lo que Oliver Sacks insistió casi desde el comienzo de su carrera como neurólogo. Para desmontar este supuesto mecanicista y determinista, critica la noción de información, una de las más ambiguas del siglo XX y que se ha utilizado con miles de significados y a veces con uno solo, machaconamente dogmático. La relación entre el gen y su expresión no es la mera dialéctica entre emisor y receptor y el vínculo entre genotipo y fenotipo no es directo. Los sentimientos y pensamientos se dan en un cuerpo y una experiencia personal. Se

trata de algo que ya estudiaron Husserl y Merleau-Ponty. Hay circunstancias, internas y externas (entorno), y esto, aunque nuestra autora no lo cita nunca, lo pensó con profundidad Ortega y Gasset. Los que suponen que todo está en la información, prescinden del cuerpo y creen que un robot puede ser, en un futuro, como nosotros, algo que Hustvedt desmonta con habilidad y sentido común, como ya hizo hace muchos años Octavio Paz en pocas páginas al discutir estos mismos temas.

Volvamos a Hustvedt y a la idea de la mente como una computadora neuronal. Es fácil ver que si inventamos un cerebro electrónico lo haremos teniendo en cuenta algo de los modos de proceder de nuestro cerebro y por lo tanto lo veamos como semejante, pero el nuestro no está hecho de piezas sino que es orgánico, dúctil, holístico, plástico, y crece y desarrolla sus funciones y contenidos en relación a la experiencia propia, el ecosistema y a la conciencia de sí. Las neuronas no se activan como dígitos binarios, además de que, como afirma el filósofo John Searle, recordado por la autora, “los estados computacionales no se descubren dentro de la física, se asignan a la física”. En nuestro cerebro ha jugado y juega mucho la selección natural, aunque nuestra mente —afirma Hustvedt— no pueda explicarse por dicha selección, porque opera en el terreno de la cultura. El lenguaje mismo, sostiene con pertinencia, no es un código incorpóreo que las máquinas pueden procesar fácilmente. Las palabras están dentro de nosotros y en el mundo exterior”, lo cual supone sociedad e indeterminación, remato. Lo que nuestra autora está rondando es algo que algunos filósofos, con conclusiones y enfoques distintos, se han planteado, como Daniel Dennett, determinista, o Thomas Nagel, que creen en una libertad inherente a nuestra condición, algo que también piensan científicos como António Damasio o Francisco J. Ayala.

Siri Hustvedt se inclina —frente a una teoría computacional, que la haría mecánica— a entender de manera dinámica nuestra mente en un cuerpo, en un individuo, con experiencia social e inserta en

un ecosistema. Detecta en los que hacen de la mente un sistema mecánico el viejo horror gnóstico ante el cuerpo, exacerbación del platonismo, aunque en Platón hay una escala del ser, y por lo tanto todos los pasos (sentidos) son necesarios. Defiende —como en otros escritos suyos— la versión de la fenomenología de Merleau-Ponty. Reivindica que para formular adecuadamente una noción de la mente es necesario tener en cuenta la imaginación y las emociones como atributos esenciales.

El libro de Hustvedt es rico en digresiones y sugerencias, y trata de mostrar que hay muchos aspectos del pensamiento filosófico y científico que se dan como dogmas cuando deberían leerse con algún escepticismo. Al fin y al cabo, ninguna de las leyes de la física, salvo tal vez los principios generales de la cuántica —escribió el premio Nobel Steven Weinberg— es exacta. Ya Plinio decía, y repetía Montaigne, que la única certeza es la incertidumbre, y Hustvedt nos recuerda que “es la duda bien formulada [yo diría, bien informada] la que siempre acaba derribando los espejismos de la certeza”. Aunque lo que nuestra autora busca, como todos los filósofos y científicos del mundo, es la certeza. —

JUAN MALPARTIDA es ensayista, poeta y narrador. Su última obra se titula *Mi vecino Montaigne* (Fórcola).

POESÍA

Una ficción muy real

por Eduardo Moga



Wallace Stevens
NOTAS PARA UNA
FICCIÓN SUPREMA
Edición y traducción de
Javier Marías
Prólogo de José Carlos Lloa
Madrid, Reino de Redonda,
2021, 144 pp.

Wallace Stevens (Estados Unidos, 1879-1955) fue un poeta anónimo por varias razones: la primera,

por no darse a conocer como poeta hasta muy tarde: su primer libro, *Harmonium*, se publicó en 1923, cuando él ya tenía 44 años; y la segunda, por no participar de la vida literaria ni la iconoclasia, y mucho menos de la bohemia, tradicionalmente asociada a los poetas. Por el contrario, Stevens era un profesional acomodado y conservador: estudió derecho en Harvard y Nueva York, y trabajó toda su vida para compañías de seguros, de varias de las cuales llegó a ser vicepresidente. Pertenecía a esa estirpe de escritores que necesitan del orden para crear y que se parapetan en la bonanza burguesa, gracias a la cual pueden practicar una heterodoxia intelectual o estética, como T. S. Eliot, que fue empleado de banca, o Pessoa, que traducía la correspondencia comercial de una empresa lisboeta, entre tantos otros.

La poesía de Wallace Stevens, de la que este *Notas para una ficción suprema* —cuya primera edición es de 1942, pero que no se difundió hasta 1947, cuando lo incluyó en *Transports to Summer*— constituye la mejor entrega, se inscribe en la tradición de la poesía que brega antes con la idea de las cosas que con las cosas mismas: “Empieza, efebo, por percibir la idea / de esta invención, este mundo inventado, / la inconcebible idea del sol”, escribe en el poema inaugural de la sección “Debe ser abstracta”. Como la de Valéry —que tanto influyó en él—, es una poesía de pensamiento: del pensamiento haciéndose y construyendo, en ese hacerse, la realidad. Pese a ello, no debe considerarse filosófica, porque no intenta edificar un sistema, sino reproducir el proceso con el que elaboramos nuestra representación del mundo. La conciencia se arremolina en torno a ciertos motivos, obsesiones o mitos y se inyecta en la realidad sensible, en la materia de las cosas, pero abrazando al mismo tiempo el plano de las ideas. En el poema VII de la sección “Debe dar placer”, la formulación de este propósito, frente a la acusación de hermetismo que tantas veces ha recibido,

pazguatamente, Wallace Stevens, es clara: “Él impone órdenes a medida que las va pensando / [...] Pero imponer no es descubrir. / Descubrir un orden como el de / una estación, descubrir el verano y conocerlo, / descubrir el invierno y conocerlo bien, encontrar, / no imponer, no haber en absoluto razonado, / haber dado con el tiempo principal a partir de la nada, // es posible, posible, posible. Debe / ser posible. Debe ser que con el tiempo / lo real resulte de sus componentes crudos [...] Encontrar lo real, / quedar despojado de todas las ficciones a excepción de una, // la ficción de un absoluto.” (Javier Marías recuerda, en la nota previa al volumen, que en un poema de su primer libro Stevens afirma que “la poesía es la ficción suprema”. Este *Notas para una ficción suprema* se divide en tres secciones, que constituyen una poética: sus títulos revelan las características que, para el poeta, ha de tener esa ficción suprema: ha de ser abstracta, cambiante y placentera.)

Pero el carácter intelectual de la poesía de Stevens no le resta vigor plástico. *Notas para una ficción suprema* incorpora raptos expresivos e imágenes incandescentes: lo real parece “una bestia vomitada, disímil, calentada por una leche desesperada”, escribe en el mismo poema VII. Para interpretar el a veces arduo transitar del poeta por el dédalo del discernimiento, contamos con la ayuda sensible de la metáfora. Stevens practica la vieja máxima unamuniana de sentir el pensamiento y pensar el sentimiento, y así se refleja en diversos pasajes del libro, donde junta abstracción y sangre: “el pensamiento latiendo en el corazón”, y el tiempo, “una abstracción sangrada, como un hombre por el pensamiento”. Son un pensamiento vítreo y una sensibilidad metafísica, como sugiere José Carlos Llop en el prólogo del volumen.

Para reforzar el nervio de su dicción, el libro explora, en consonancia con las prescripciones de la vanguardia, la dimensión material del lenguaje, y aporta neologismos,

juegos de palabras y hasta turbulencias fonéticas, como en el poema VI de la sección “Debe cambiar”, que recuerda, salvando las distancias, al *sóngoro cosongo* de Nicolás Guillén: “¡Ah, ké! el reyezuelo sangriento, el arrendajo malvado, / ké-ké, vertiéndose el petirrojo con garganta de jarro, / setú, setú, setúme en mi claro”, cuya traducción –en la que no faltan aliteraciones, también presentes en el original– reproduce con acierto la áspera eufonía de los versos de Stevens. Estas fértiles manipulaciones verbales obedecen a una voluntad de transformación que, según el poeta, la poesía debe incorporar. Porque el cambio define nuestra aproximación a la realidad y, por lo tanto, la realidad misma. En el poema I de “Debe cambiar”, leemos: “Decimos / que cambia esto y que cambia aquello. Así las constantes // violetas, palomas, muchachas, abejas y jacintos / son objetos inconstantes de causa inconstante / en un universo de inconstancia”. Pero frente al cambio, a las fluctuaciones de la incertidumbre, contamos con la unión: el contrapeso de esas formas inconstantes, que se funden en unidades absolutas. Stevens aspira a alcanzar la armonía por el procedimiento de la acumulación: “El participante participa de lo que lo cambia. / El niño que toca toma carácter de la cosa, / el cuerpo, que toca. El capitán y sus hombres // son uno y el marinero y el mar son uno. / Sigue tú después, Oh mi compañero, mi semejante, mi yo, / hermana y solaz, hermano y deleite”, escribe Stevens en el poema IV de esta misma sección “Debe cambiar”, con ecos de Baudelaire y Whitman. Para apuntalar esta transitoria permanencia, Stevens recurre a menudo a la repetición. La repetición se opone a la mudanza y traduce la constancia perseguida. En *Notas para una ficción suprema* abundan los políptotos, que sugieren una música espesa y, a la vez, incisiva: “Una cosa final en sí misma y, por lo tanto, buena: / una de las inmensas repeticiones finales en / sí mismas y, por lo tanto, buenas,

el dar vueltas // y más vueltas y más vueltas, el mero dar vueltas, / hasta que el mero dar vueltas en un bien final, / como en una mesa llega el vino en un barril.”

La densidad intelectual de *Notas para una ficción suprema* no desatiende al mundo; antes bien, lo confirma: ahonda en él con los instrumentos de la inteligencia y el asombro. La naturaleza es el escenario vivo de muchos poemas, poblados de plantas, flores y árboles, pero también, con frecuencia, de animales: un león en el desierto, un elefante de Ceilán, un oso, abejas. La historia, que ha decantado los hechos que configuran lo que nos empeñamos en llamar realidad, aun cuando la realidad sea solo eso que esculpe cada día nuestra imaginación, recorre también el libro: aparecen árabes y rabinos, San Jerónimo y el general Du Puy, y probablemente George Washington, que tiene manzanas en la mesa, criados descalzos a su alrededor y ordena a la abeja que sea inmortal. Con esta naturaleza material se solapa otra, trascendente, compuesta por ángeles y serafines, y el vasto cosmos de las fábulas y los mitos que consuelan al hombre en su tránsito por la abrasadora nada.

La traducción de Javier Marías es óptima. Ante la oscuridad de no pocos pasajes, tiende a lo literal, y hace bien: con los textos menos accesibles, procede aferrarse a las palabras, no aventurarse en la interpretación, y mucho menos en la explicación. Esta, a veces, se ofrece en las notas a pie de página, que dan cuenta de las razones por las que el traductor ha preferido una opción a otra, y aportan exégesis hechas por estudiosos de la obra de Stevens, como Harold Bloom, o fragmentos explicativos de cartas del propio Stevens. La destreza de Marías se advierte en detalles como este: *garble* significa ‘mutilar’, ‘confundir’, ‘falsear’, pero *garbled green* se convierte, felizmente, en ‘desvirtuado verde’. –

EDUARDO MOGA es poeta y crítico literario. En 2021 publicó *Diarios de viaje* (Eolas) y *Tú no morirás* (Pre-Textos).